





La raíz es el hombre  
Radicales contra progresistas

DWIGHT MACDONALD

**Primera edición:** *Febrero 2017*  
**Esta edición consta de:** *700 ejemplares*

© *Nicholas Macdonald*

**Título:** *La raíz es el hombre*  
**Subtítulo:** *Radicales contra progresistas*  
**Título original:** *The Root is Man*  
**Autor:** *Dwight Macdonald*  
**Traducción:** *Salvador Cobo*  
**Diseño de la colección:** *Miguel Sánchez Lindo*  
**Corrección ortotipográfica:** *Salvador Cobo*  
**Impreso por:** *Kadmos*  
**ISBN:** *978-84-943217-7-1*  
**Depósito legal:** *M-5224-2017*  
**Para pedidos e insultos:** *revistaculdesac@gmail.com*

# Índice

<i>Dwight Macdonald, Czesław Miłosz</i> .....	9
<i>Nota a la edición española, Salvador Cobo</i> .....	25
<i>La raíz es el hombre</i> .....	35
El plan y propósito de este ensayo.....	40
Primera parte	
EL MARXISMO ESTÁ OBSOLETO.....	45
I. <i>Necesitamos un nuevo vocabulario político</i> .....	47
II. <i>El mundo en el que vivimos</i> .....	55
1. El mundo visto por un marxista.....	56
2. El mundo tal como es.....	59
3. La escalera del Progreso no conduce a ninguna parte.....	61
4. «Derecha» e «izquierda» en las dos guerras mundiales.....	67
III. <i>Cuestionar el marxismo</i> .....	73
1. La ambigüedad del marxismo .....	74
2. ¿Qué quería Marx? .....	75
3. ¿Qué preveía Marx? .....	76
4. ¿Qué está ocurriendo en realidad?.....	78
5. La roca que resultó ser arena .....	80

IV. <i>El milagro de la revolución proletaria</i> .....	83
1. Economía: los sindicatos .....	84
2. Política: los partidos .....	87
3. Nuestra experiencia en Estados Unidos .....	88
v. <i>El colectivismo burocrático: la «tercera vía»</i> .....	95
1. ¿Qué es el capitalismo? .....	97
2. Las mercancías pierden su misterio .....	99
3. Las cadenas del trabajo se vuelven visibles.....	101
4. La naturaleza de la Unión Soviética.....	104
VI. <i>Guerra moderna y lucha de clases</i> .....	109
1. La concepción marxista de la guerra está superada .....	110
2. Economía: «Más trabajo, mejor pagado» .....	116
3. Política: El dominio de la política exterior .....	120
Segunda parte	
HACIA UN NUEVO RADICALISMO .....	125
<i>Algunas definiciones</i> .....	128
I. <i>Método científico y juicio de valor</i> .....	133
1. Los límites del método científico .....	135
2. ¿Es posible una ética fundada en la ciencia? .....	137
3. Entonces, ¿en qué podemos fundar nuestros valores?.....	140
4. Devolver la ciencia a su lugar .....	145
II. <i>El marxismo y los valores: tres textos comentados</i> .....	149
1. <i>Ludwig Feuerbach y el fin</i> <i>de la filosofía clásica alemana</i> , Friedrich Engels .....	149
2. <i>El capital</i> , Karl Marx .....	151

3. <i>El manifiesto comunista</i> , Karl Marx y Friedrich Engels .....	152
III. <i>La idea de Progreso</i> .....	159
1. Los profetas ancestrales del Progreso .....	161
2. La metafísica del Progreso .....	168
3. La bomba atómica, o el fin a la vista .....	173
4. Digresión sobre Marx y Homero.....	175
IV. <i>Se busca: un nuevo concepto de acción política</i> .....	181
V. <i>Cinco características de un radical</i> .....	195
1. Lo positivo de decir «no» .....	196
2. El realismo de no ser realista.....	197
3. Las virtudes de la moderación .....	201
4. Contra el fetichismo de las masas.....	204
5. Cuidado de sí, o la raíz es el hombre .....	207
APÉNDICES .....	213
I. <i>¿Es el proletariado una clase revolucionaria?</i> .....	215
II. <i>El enemigo principal está en Moscú</i> .....	223
Estados Unidos vs. Unión Soviética.....	225
«Yo elijo Occidente».....	229
III. <i>Autoentrevista: la crisis de Berlín</i> .....	235





# Dwight Macdonald

CZESŁAW MIŁOSZ

Dwight Macdonald es un fenómeno completamente americano —si es que podemos llamar fenómeno a una persona. Para mayor gloria de Estados Unidos, este país posee una tradición de panfletos políticos publicados de manera independiente, de pequeños periódicos leídos por pocos miles de personas, de debates en los que pacifistas, objetores de conciencia y toda clase de anarquistas se enzarzan en debates bizantinos. Esta tradición se está volviendo cada vez más difícil de conservar debido al capital necesario para llegar al público: editar hoy en día un periódico es muchísimo más caro que en el pasado, por ejemplo en 1850. No obstante, esta tradición no se ha extinguido. Obviamente, desde un punto de vista realista es fácil demostrar que esta corriente subterránea de la vida norteamericana carece de especial importancia. Sin embargo, las valoraciones realistas llevan a menudo a conclusiones falsas. Porque en Estados

Unidos existe un tipo particular de individuo: el hombre completamente libre, capaz de tomar decisiones en todo momento y sobre cualquier asunto prestando únicamente atención a su ética personal. Así, este país ha tenido a sus Thoreau, Whitman o Melville, por nombrar sólo a los más grandes.

Desde 1944 hasta 1949, Macdonald publicó la revista *politics*. Para el gran público, se trataba de un medio tremendamente imponente, debido tanto a sus densas columnas de letra minúscula como a su forma excéntrica y peculiar de plantear los debates. El periódico, por tanto, se leía mayoritariamente en los círculos intelectuales de Nueva York. Uno de los autores que dio a conocer fue Simone Weil (mucho antes de que alcanzara la fama de manera póstuma). La influencia de *politics* tanto en Estados Unidos como en Europa, e incluso en Francia, no fue menor, a pesar de lo limitado de su distribución. Hoy en día existe algo así como un clan de escritores posmarxistas que están tratando de empezar de cero; es decir, tratando de ver el mundo moderno tal y como es, sin someterse a las fórmulas preestablecidas empleadas por la mayoría. *politics* pertenecía precisamente a ese clan.

*La raíz es el hombre* (1953) contiene dos artículos publicados en *politics*, acompañados de los comentarios del autor. Estas glosas servían para actualizar sus opiniones, a menudo distintas; a Macdonald no le temblaba el pulso a la hora de escribir notas como esta: «Ahora no le veo sentido alguno a este párrafo». A través de ellas, podemos seguir los meandros de sus reflexiones, y esa libertad, esa bocanada de aire que emana de sus páginas, resulta alentadora. Qué lástima que estos textos no puedan difundirse en Polonia; a diferencia de los estilos forzados que allí reinan, *La raíz es el hombre* podría haber sido una valiosa aportación sobre la esencia de la falta de libertad, que resulta mucho más espantosa cuando parece *normal*, cuando penetra en el torrente sanguíneo.

El libro empieza con algunas observaciones hechas en 1944 sobre la responsabilidad de los alemanes<sup>1</sup>. Macdonald, que tenía mucha información sobre Majdanek (fue el primer campo de concentración que pudieron visitar los periodistas), sobre la organización de los campos de concentración, las cámaras de gas, los hornos crematorios, el exterminio de los judíos, se pronunció contra las teorías de la responsabilidad colectiva de los alemanes. En un Estado totalitario, el individuo no puede hacer nada. El pueblo alemán no es ni mejor ni peor que otros. Todos los países, bajo circunstancias parecidas, serían capaces de cometer *todos* esos crímenes. Se podrían hacer varias objeciones a esta teoría; sin embargo, no olvidemos la fecha en la que fue formulada. Macdonald estaba posicionándose contra la locura del odio de la propaganda patriota que, como supo ver con lucidez, acabaría mutando en amor por los honrados y magnánimos alemanes. Así era la lógica de los acontecimientos. Según Macdonald, ese odio y ese amor pertenecían al ámbito de una mitología explotada por el mayor enemigo del hombre: el Estado. El odio hacia los alemanes *en tanto que alemanes* servía para justificar el bombardeo de la población civil, que como táctica militar probablemente carezca de lógica, y la aparición del eslogan «rendición incondicional» (Macdonald detestaba a Roosevelt) no iba encaminada a poner fin a la guerra, sino a prolongarla.

En una nota publicada en 1949, Macdonald valoraba los acontecimientos de los años siguientes al fin del conflicto bélico:

El bloqueo ruso de Berlín durante el invierno de 1948-1949 provocó que se invirtieran de forma dramática los roles de la guerra de la población berli-

---

1. La reedición de 1953 de *La raíz es el hombre*, publicado originalmente en dos partes en 1946, incluía también el ensayo *La responsabilidad de los pueblos*, al que se refiere aquí Miłosz, que apareció en *politics* en marzo de 1945. El texto puede encontrarse en la antología *Politics Past. Essays in Political Criticism*, 1970, Nueva York, Viking Press. (N. del T.)

nesa y de las Fuerzas Aéreas de EE.UU. Estos últimos pasaron de verdugos a trabajadores humanitarios que dejaban caer carbón y comida en lugar de bombas, mientras que, para nuestros periódicos, los primeros pasaron de ser cobardes cómplices de un tipo de totalitarismo a heroicos resistentes a otro tipo de totalitarismo. Dado que estos cambios han tenido poco que ver con cualquier decisión tomada libremente por los individuos pertenecientes a uno u otro bando, me impresiona que este suceso confirme, no sin ironía, mis objeciones al concepto de responsabilidad colectiva [...]

El ser humano vive en la historia, pero no se siente del todo cómodo en ella. Hasta en el mejor de los casos —como, por ejemplo, en el tipo de comunidad pequeña e integrada como las ciudades-estado de la antigua Grecia—, existe siempre una lucha desesperada entre lo que desea el individuo y lo que le sucede por vivir en sociedad. (El proceso de arrastrar a un individuo como si de un fardo o de un cadáver se tratara, y embutirlo en algún contexto de ideología o de acción en el que a duras penas encaja, eso es lo que suele denominarse de forma eufemística «la Historia»).

Para ilustrar la visión de Macdonald acerca del destino de los seres humanos en el mundo moderno, tal vez merezca la pena repetir una anécdota muy instructiva de la que daba cuenta basándose en un artículo de George Orwell publicado en *Tribune* el 13 de octubre de 1944:

Entre los prisioneros de guerra alemanes capturados en Francia había cierto número de rusos. Tiempo atrás habían capturado a dos que no hablaban ni ruso ni otra lengua que conocieran sus captores o el resto de presos. De hecho, sólo podían hablar entre ellos. Un profesor de lenguas eslavas, traído desde Oxford, no tenía la menor idea de lo que estaban diciendo. Entonces, por casualidad, un sargento que había servido en la frontera de la India los escuchó hablar y reconoció la lengua, de la que tenía algunas nociones. ¡Era tibetano! Después de algunas preguntas, consiguió conocer la historia de los dos presos.

Unos años atrás, se habían perdido en la frontera con la Unión Soviética, y los habían reclutado a la fuerza en un batallón de trabajo, siendo enviados más tarde a la parte occidental de Rusia cuando estalló la guerra con Alemania. Los alemanes los tomaron como prisioneros y los enviaron al norte de África; más tarde, fueron enviados a Francia, los metieron en una unidad de combate cuando se abrió el segundo frente, para por fin ser capturados por los británicos. En todo este tiempo no habían podido hablar con nadie, salvo entre ellos, y no habían tenido la menor idea de lo que estaba pasando o contra quién estaban luchando.

La historia tendría un final redondo si ahora los reclutara el Ejército Británico y los enviaran a luchar contra los japoneses, para acabar en algún punto de Asia Central muy cerca de su pueblo natal, pero aún demasiado desconcertados como para saber qué es lo que ha pasado.

Los ensayos de Macdonald son polémicos, y es importante recalcar a quién estaban dirigidos. Sus rivales son esa clase de personas que él denomina *liblabs*, liberales-laboristas. Los *liblabs* son unos optimistas partisanos del progreso «de base científica», fabricantes de gafas de color de rosa que sirven para embellecer una realidad desagradable. Esto no significa que las palabras de Macdonald sean desesperadas o amargas, ni que sea un defensor del *statu quo*. Su ideal es una sociedad socialista basada en la libertad del individuo. Sin embargo, se opone a esas ilusiones propias del siglo diecinueve que tienen el sello de la *hibris*, el orgullo que, según los griegos, precedía siempre a la caída del héroe. En otras palabras: Macdonald pertenece a la familia de Simone Weil, George Orwell o Albert Camus. Se trata de una postura especialmente difícil de mantener, porque proporciona sus propios contraargumentos a las mentes más superficiales, a esas personas absolutamente incapaces de comprender las diferencias y las premisas básicas implicadas, y que aun así braman: «¡Ya te lo había dicho yo!», algo que tiene su

equivalente en la expresión polaca: «Esto no tiene sentido, caballero, uno debe seguir viviendo, y punto. La mierda es la misma en todas partes; sólo se diferencian las moscas».

Tiempo atrás Macdonald era trotskista. Y abre su polémica contra los *liblabs* con una cita de un artículo de Trotski publicado en noviembre de 1939 en *The New Internationalist*. Dado que no lo conoce prácticamente nadie, merece la pena citarlo:

Si, como creemos firmemente —escribía Trotski— esta guerra provoca una revolución proletaria, ésta conducirá inevitablemente al derrocamiento de la burocracia en la URSS y a la regeneración de la democracia soviética sobre unas bases económicas y culturales mucho más elevadas que las de 1918. En este caso, la cuestión de saber si la burocracia estalinista era una «clase» o un tumor del Estado de los trabajadores se resolverá por sí sola. A todo el mundo le quedará claro que en el proceso de desarrollo de la revolución mundial, la burocracia soviética no ha representado más que una recaída ocasional.

Si se considera, por el contrario, que la guerra actual provocará no una revolución sino la decadencia del proletariado, entonces se presenta otra alternativa: la ulterior descomposición del capitalismo monopolista, su fusión con el Estado y la desaparición de la democracia, allí donde todavía se mantenga, y su sustitución por un régimen totalitario. En estas condiciones, la incapacidad del proletariado para tomar las riendas de la sociedad podría efectivamente llevar a la aparición de una nueva clase explotadora nacida de la burocracia bonapartista y fascista. Esto sería, según todos los indicios, un régimen de decadencia, que marcaría el crepúsculo de la civilización.

[...] Por grave que pueda parecer este pronóstico, si el proletariado mundial se mostrara efectivamente incapaz de desempeñar la misión que el curso de los acontecimientos había depositado en él, no habría nada que hacer, salvo reconocer abiertamente que el programa socialista, fundado en las contradicciones internas de la sociedad capitalista, se ha

revelado como una Utopía. Sería necesario, evidentemente, elaborar un nuevo programa de mínimos para defender los intereses de los esclavos de la sociedad burocrática totalitaria.

Las esperanzas depositadas por Trotski en la revolución proletaria no se cumplieron. En lugar de eso, se está cumpliendo una variante más pesimista de esta profecía. El proletariado puede: 1) ser manipulado por unos revolucionarios profesionales para instaurar el comunismo según el modelo ruso (Macdonald propone un nuevo término para este régimen: el colectivismo burocrático); o 2) puede actuar en el marco de un sindicalismo benévolo que no tiene nada que ver con los eslóganes socialistas. El fundador de la American Federation of Labor, Samuel Gompers, era marxista. «A comienzos de la década de 1870», relataba Gompers en su autobiografía, «Nueva York se parecía a París durante la Comuna». Pero, ¿dónde están las nieves de antaño? Esta ruptura completa con todas las salidas de emergencia, o, como dijera Trotski, «la decadencia del proletariado», exige revisar muchas ideas a las que siguen aferrándose los *liblabs*.

Por encima de todas, la idea de Progreso, que después de crecer como una avalancha desde el final del siglo XVIII, halló su expresión más completa en el sistema de Marx. «Quienes rechazamos el marxismo estamos en deuda con Marx, porque la audacia y la grandeza intelectual de su obra hacen posible que nosotros podamos formular con más claridad nuestra propia posición, distinguiéndola de la suya; este es el servicio que todo gran pensador rinde a sus críticos», escribe Macdonald. Resumiendo sus tesis de la forma más concisa posible, podría decirse que Macdonald ve el carácter doble del pensamiento de Marx, que, por una parte, considera que la liberación del individuo es el objetivo de la revolución y, por tanto, se opone al Estado (cuyo derrocamiento debería lograr la revolución), y por otra,

establece una serie de leyes que se supone que llevarán hacia ese objetivo «por necesidad de hierro». Mientras que muchas de sus predicciones históricas se están cumpliendo en la actualidad, el contenido ético de su obra, ligado de manera tan íntima al optimismo del siglo diecinueve, se encuentra en ruinas.

El viejo orden está llegando a su ocaso en muchos países, pero a la burguesía no la ha reemplazado el proletariado, sino una nueva clase dominante. El proceso se está efectuando desde arriba, no desde abajo, y se dirige hacia el nacionalismo y la guerra. El resultado no es la liberación de las masas, sino la esclavitud; no la institución del Reino de la Libertad, sino una Dictadura de la Necesidad. Las cadenas del trabajo se están volviendo visibles. En el capitalismo estaban ocultas. El obrero se encuentra en el mercado con el dueño de su fuerza de trabajo y tiene lugar una transacción económica. «El esclavo romano estaba sujeto por cadenas a su propietario», escribía Marx, «el asalariado lo está por hilos invisibles [...] Su servidumbre económica está a la vez mediada y encubierta por la renovación periódica de la venta de sí mismo, por el cambio de su patrón y por la oscilación que experimenta en el mercado el precio del trabajo». Hoy ya no hay «oscilación de precios», ni «cambio de patrón». Hay un solo patrón: el Estado. Este mecanismo tenía su manifestación más palmaria en la Alemania de Hitler, así como hoy la tiene en la Unión Soviética. Además, Marx no dio suficiente peso a la importancia del fenómeno de la guerra en la historia de la civilización. La guerra ahora se ha convertido en un objetivo en sí mismo.

Los medios técnicos que requiere la guerra moderna producen en el resultado de la contienda unos efectos mucho más importantes que cualquier efecto político. [...] la existencia de unas maquinarias de guerra gigantescas, de unas instituciones económicas y sociales adulteradas con



el fin de apoyarlas, y el temor —más que justificado— de todos los países a ser atacados, estos factores son la clave del problema, y no las necesidades de expansión del imperialismo capitalista [...] ni la «contradicción» entre el colectivismo soviético y el capitalismo privado americano [...] La máquina está fuera de control y funciona según una lógica propia. He aquí otro ejemplo de «reificación» («cosificación»): las creaciones del ser humano desarrollan una dinámica propia e imponen sus propias leyes a sus creadores.

Según Macdonald, a día de hoy la noción de «izquierda» resulta indefendible. Un «izquierdista» debe decidir si es «progresista» o «radical». El progresista cree que vivimos en un mundo singular que está regido por leyes que pueden descubrirse a través del método científico. Cuanto mayor sea el número de leyes descubiertas, mayor será el poder del hombre sobre lo que le rodea: progreso. El radical ve los límites de la ciencia. Entiende que nuestro mundo no es singular, sino dual: 1) un mundo de leyes descubiertas por la ciencia; 2) un mundo de valores éticos.

Por «método científico», explica Macdonald,

entiendo el proceso de reunir datos cuantitativos, establecer hipótesis para explicar el comportamiento pasado del objeto que se esté investigando, y comprobar esas hipótesis para verificar si permiten predecir de manera eficaz el comportamiento futuro de dicho objeto. La base de este método es la capacidad para aceptar o rechazar una conclusión científica mediante test objetivos —y, en última instancia, cuantitativos— cuyos resultados sean inequívocos: es decir, que se reconozca la existencia de criterios universales *independientes del observador individual* que obliguen *a todo el mundo* a aceptar una conclusión dada si puede demostrarse que reúne los requisitos de este criterio.

Y continúa:

Por «juicio de valor» entiendo una afirmación que implique la noción del «bien» y del «mal» tanto en un sentido ético como estético. Este tipo de juicio siempre resulta ambiguo, porque conlleva una discriminación cualitativa sobre algo que, por su propia naturaleza, *no se puede reducir a unidades uniformes y, en consecuencia, cuantitativas*; el «sentimiento personal» del observador no sólo participa en el juicio, sino que es su elemento determinante. Por tanto, resulta imposible resolver un problema moral o estético de la forma concluyente en la que puede resolverse un problema científico; ese es el motivo por el que una época puede edificarse sobre los logros científicos de todas las épocas precedentes, mientras que es de sobra conocido que en los dominios del arte o de la ética es poco probable hallar un progreso semejante.

Los progresistas tienen por maestros a Marx y Dewey, «que desplegaron esfuerzos prometeicos para unificar ambos mundos, haciendo derivar los valores a partir de la investigación científica». Consideran ilusorios los juicios de valor: se da por sentado que son meros reflejos de una realidad más profunda, inteligible científicamente; esta realidad es histórica, de acuerdo con Marx, o psicológica, según Freud. Los juicios de valor son un fenómeno real, pero derivan a su vez de otros.

No obstante, la ciencia es incapaz de responder a la pregunta fundamental: ¿Qué debemos desear, cómo debemos vivir? Cuando se plantea esta cuestión, los *liblabs* protestan, porque sienten vergüenza. Para ellos, una ética fundada en la ciencia es imposible.

«En los últimos tiempos, he tenido la oportunidad de debatir acerca del problema de los valores con marxistas y con discípulos de Dewey», explica Macdonald.

Por lo general, empiezan presuponiendo que el ser humano prefiere la vida a la muerte, o la abundancia a la pobreza; una vez asumido dicho pos-

tulado, no encuentran dificultad alguna en mostrar que la ciencia puede ser de gran ayuda para alcanzar estos fines. Pero si se pone en cuestión este postulado, muy pronto se vuelve evidente hasta qué punto descansa sobre otras premisas: que cuando dicen «ser humano» quieren decir «la mayoría de las personas que viven en esta sociedad a día de hoy», y que «normal» y «natural», tal y como lo define este método estadístico, es lo que uno *debería* desear. Es comprensible que su concepción de la ética adopte una forma cuantitativa, dado que la ciencia sólo opera con objetos mensurables. No obstante, si lo que la mayoría de la gente quiere se convierte en nuestra sola guía moral, en ese caso el único problema sería determinar qué quiere *de verdad* la gente; una pregunta a la que sí puede dar respuesta la ciencia, a diferencia de la pregunta que exponíamos al principio. Ya que esta respuesta se limita a plantear la pregunta original de forma distinta: ¿por qué *deberíamos* querer lo que quiere la mayoría de la gente? La historia parece demostrar más bien lo contrario: los grandes maestros de la ética como Sócrates, Jesucristo, Tolstoi, Thoreau o Gandhi, solían querer precisamente lo *contrario* a lo que quería la mayoría de la gente de su tiempo, y eso llevó a varios de ellos a morir de forma violenta.

Ruego que no se me acuse de proporcionar demasiadas citas. Todas las reseñas desempeñan una función pragmática. Es poco probable que los polacos lean a Macdonald, y estoy tratando de explicarles el significado de estas disputas, que casi parecieran pertenecer a la época de Platón, con la esperanza de contribuir en alguna medida a avivar el fuego y hacer que las ascuas vuelen lo más lejos posible.

Según Macdonald, el ser humano debe aceptar el hecho de vivir de forma simultánea en dos mundos. La fuente de los valores y de los actos yace en el interior del individuo. El libre albedrío, aunque pueda circunscribirse a una esfera limitada (porque parte del ser humano está sometido al determinismo), existe. En nuestra época se ha exagerado el relativismo históri-

co de los valores en los dominios del arte y de la ética. No debemos olvidar aquellos elementos ahistóricos que nos permiten empatizar con civilizaciones del pasado.

Esta sería, por tanto, la línea que separa a los «progresistas» de los «radicales». Entre los progresistas, cabría añadir, los más coherentes sean probablemente los comunistas ortodoxos (por ejemplo, resulta difícil de considerar un éxito los denodados esfuerzos llevados a cabo por el «hereje» Mascolo<sup>2</sup> para mantener el equilibrio entre ambos mundos). Sin embargo, en cuanto cruzamos esa línea divisoria y nos encontramos entre aquellos que aceptan la existencia e independencia de los juicios de valor, nos topamos con preguntas muy antiguas: ¿de dónde proceden los valores? ¿Qué los sostiene? Simone Weil, por ejemplo, o Karl Jaspers, contestan que todos los valores desaparecen a menos que se acepte la existencia del Absoluto. Macdonald reniega de la religión. Para él, los valores son, por decirlo de alguna manera, absolutos a nivel pragmático (si es que estas nociones no son una contradicción en los términos). Obviamente, podemos descubrir lazos con Lao-Tse, pero no con un habitante de Saturno. «La raíz es el hombre». Aquí Macdonald se acerca mucho a Albert Camus.

Pero, ¿qué podemos hacer? Macdonald nos recuerda que las mejores ideas se quedan en agua de borrajas a no ser que ejerzan alguna influencia sobre nuestros actos. El objetivo está claro: el ser humano debe volver a sí mismo, algo que sólo será posible en una sociedad en la que las personas entablen relaciones directas entre sí, y en la que, en consecuencia, las estructuras políticas y económicas sean lo suficientemente pequeñas como

---

2. Dionys Mascolo (1916-1997), escritor y filósofo francés, amante de Marguerite Duras, en 1953 publicó el libro *El comunismo*, en el que defendía la necesidad del comunismo, al tiempo que enunciaba la imposibilidad de llegar a él. Mascolo había abandonado en 1949 el Partido Comunista francés tras las purgas estalinistas en Hungría. (*N. del T.*)

para que el individuo que participe en ellas las comprenda y pueda influir en su funcionamiento, modificándolas con libertad y sin coerciones. Macdonald cita unas líneas del joven Marx: «Para Hegel, el punto de partida es el Estado. En una democracia, el punto de partida es el hombre [...] El hombre no está hecho para la ley, sino la ley para el hombre». Cuando se va a lo fundamental, resulta irrelevante ante qué se siente indefenso el individuo: el Estado, el Partido o el Sindicato. Entonces, ¿qué hacer? Macdonald muestra una actitud escéptica hacia la posibilidad de llevar a cabo hoy en día una acción de masas. Cree que nos encontramos en un periodo de *impasse*, y que poco a poco está teniendo lugar una lenta concienciación acerca del carácter mitológico de diversas antiguallas ideológicas. Resume en cinco puntos sus consejos a los «radicales»:

1. *Decir «no»*. Un coche se dirige a toda velocidad hacia un precipicio; viendo a un grupo de radicales sentados junto a la carretera, los pasajeros les gritan con desdén: «¡Qué negativos sois! ¡Miradnos! ¡Nosotros sí que estamos haciendo algo!».

2. *El realismo de no ser realista*. Durante la I Guerra Mundial, Dewey instó a sus compatriotas a que se unieran a la contienda. Su discípulo Randolph Bourne vio en la guerra lo que el realismo de Dewey le impidió ver a este último: una catástrofe, el fin de los sueños forjados durante el siglo diecinueve.

3. *Las virtudes de la moderación*. Para los griegos, «geómetras de la virtud», como los definiera Simone Weil, se trataba de la cuestión fundamental. La civilización occidental ha dejado de comprender esto. Es necesario reconocer nuestra ignorancia, vivir entre contradicciones, no cubrir nuestras heridas con sistemas totalizantes.

4. *Contra el fetichismo de las masas*. Mientras estaba en la Resistencia, Albert Camus publicaba el diario *Combat*; después de la guerra alcanzó una enorme difusión, y Camus se convirtió en uno de los periodistas más influyentes de Francia. Y entonces abandonó el periódico, ya que, tal y como le confesó al propio Macdonald, escribir para un público tan amplio le impedía decir la verdad o lidiar con la realidad.

5. *Cuidado de sí*. «Bah, lo único que te preocupa es salvar tu alma». Pero, ¿no es mejor salvar tu alma antes que perderla —y, lo que es aún más importante, sin ganar el mundo entero a cambio? Es difícil amar a toda la humanidad. Es demasiado numerosa. Dejemos que cada individuo se pregunte, como primer paso hacia la acción política y la ética política, qué le satisface, qué es lo que quiere. Los vínculos humanos directos deberían reemplazar a las abstracciones.

A Dwight Macdonald le han llamado cascarrabias, utópico, excéntrico y muchas cosas más. El hecho de haber recapitulado aquí las tesis de *La raíz es el hombre* no es del todo inocente. Sé que muchas de las ideas de este radical estadounidense no resultarán especialmente extrañas a los innumerables exiliados polacos, judíos, checos, lituanos o ucranianos que deambulan, desarraigados, por Europa. Dado que escapa a sus posibilidades un tipo de activismo con una repercusión mayor, estoy seguro de que sabrán apreciar la apuesta de Macdonald por una acción política a pequeña escala, y su creencia de que un solo hombre cuenta, o, si tenemos suerte, tres o cuatro hombres unidos por la amistad. Macdonald parece cifrar sus esperanzas en las raíces que se desarrollan de manera oculta bajo la superficie, un proceso que no es automático y al que todo el mundo puede aportar algo. La afirmación de Toynbee de que los millo-

nes de *émigrés* son como el proletariado romano que más tarde se convirtió en la semilla del Cristianismo, probablemente sea exagerada. Sin embargo, parece haber algo de ello en este movimiento incipiente, ahora que el tipo de acción política que ha existido hasta el día de hoy parece estar dando, a todas luces, unos frutos deplorables.

1954